

UN POEMA Y DOS NOTAS

Juan Alcántara

EL ÚLTIMO PASAJERO

—la puerta de atrás, la del jardín
 el jardín de la biblioteca
 nadie sale por ahí
 "la otra puerta"
—llueve mucho
 una escalera que sube al
 terraplén
 el prado se inclina en
la hondonada, "las
 ventanas de la biblioteca"
 —caminar por ahí, arriba
 una zona oculta
el largo y pesado puente
 de ladrillos
 —varios grupos de hongos
 plenos
blancos y esponjosos
 redondos y desiguales
 entre el pasto
 —en la tarde
caminar por los prados
 tras los edificios
 apenas llueve, no hay
 nada ahí
—árboles escasos
 el agua de la

fuelle del reloj de sol
hongos blancos
unos cuantos
malvadiscos
sobre la hierba
—otras familias de hongos
pequeños, delgados
de color café
han crecido en los
prados
los que dan a la avenida
—numerosísimas familias
hongos cafés (con
cuidado pasar)
zonas completamente llenas
—los blancos
raros
aislados
a la orilla de los
—más allá
hacia la zona de los coches
más hongos
más aire frío y húmedo
sol apenas
—luego
los más grandes
rotos, marchitos
picoteados
todavía con luz
—una poca de agua en
los jardines del anochecer
en "la bahía" de los
rincones

entre los árboles
a la orilla de la plancha del gran
tanque
—nadie va por ahí
nadie lo piensa
no crecen los hongos en esos
paseos
no crecen bajo la sombra
—en los claros
o descampados
bajo el sol sí
si los días nublados, si
—más jardines
imposible distinguir
lo que había sobre el pasto
pero un gran hongo blanco
perfecto, intocado
crecía en un terraplén
—"han crecido en el jardín
familias de hongos"
—el único el
el último pasajero

Hay un lector promedio que es el antípoda del poeta. El poeta se asoma al caos una y otra vez, y ese riesgo asumido proviene de su insatisfacción, de su deseo de ir más lejos; el lector del que hablamos, en cambio, el que forma las mayorías, se dedica exclusivamente a admirar y a conformarse con su admiración. El poeta, idealmente, no vive en estado de arrobamiento frente a las artes que lo rodean: trabaja absorto en lo suyo y observa lo que se le presenta con distante severidad; sus placeres son silenciosos e intransferibles; en todo caso lo que más le interesa son aquellas obras en las que intuye problemas análogos a los que él mismo se plantea. La persistencia de una admiración excesiva y gesticulante por el mundo del arte es signo de debilidad. La respuesta consecuente frente a las obras, creo yo, de la naturaleza que sean, es la actividad —la extracción y uso, por así decirlo, de la energía creadora. Un lector se parece al poeta que lee cuando reacciona alterando su vida para otorgarles una mayor libertad a sus actos, pensamientos y percepciones. El sujeto arrobado es, en contraste, el sujeto del consumo, por más sofisticado que éste pueda ser —el melómano, por ejemplo, figura abominable, coleccionador estéril. Deberíamos perder cada tanto nuestras acumulaciones personales de libros, obras y registros, o por lo menos ser capaces de ponerlas en circulación. Sería preciso no cobijarse en la Belleza, en lo Sublime, en la Gran Sensación, en nada de aquello elevado y enorme que pareciera exigirnos un gesto unilateral de sumisión.

Parece necesario en estos últimos tiempos pensar la poesía en términos estrictamente materiales. No daré ejemplos de lo que esto significa. Ese materialismo ayuda a desterrar del pensamiento poético un sobrante de teología y de filosofía que persistentemente lo colorea y lo desvía. Ayuda además a concebir la poesía de una forma más modesta, como una actividad que no tendría por qué cargar, por principio, con la salvación del hombre o del mundo. El discurso sobre la poesía habitualmente tiende a trasmutarla en Absoluto, rodeándola de velos misteriosos y asignándole tareas sobrehumanas. Considerarla con la grosería del materialismo la devuelve a una posición más real y menos prestigiosa. Y no es que no crea que hay, de alguna manera, un misterio de la poesía. Es simplemente que no hay que hablar de él sin que se nos haya manifestado claramente, que no es necesario hacer gesticulaciones exhibicionistas cuando se presenta, y que dado esto último, ya no es preciso decir nada. Hay más devoción por la poesía (hoy en día) en una discreción respetuosa y confiada (frente a ella), que en proclamar deslumbramientos místicos, resoluciones heroicas o compromisos de vida y muerte. Descender hasta los fundamentos materiales que posibilitan la poesía, esas complejas minucias de las que casi no vale la pena hablar, y descubrir que la poesía es real, nos introduce a una zona segura, impasible —es decir, feliz— y perpetuamente generadora.



Poema visual de Javier Tlum, *Description of the sea*,
escritura y lápices / papel, 21 x 27 cm